

Tambien pueden dormir en la superficie del agua, como resulta de las observaciones de que mas abajo haremos mencion. Los groenlandeses tienen mucho interés en conocer perfectamente las costumbres de un animal tan importante para ellos, y han dado nombre á cada una de las posiciones que toma, juzgando por ellas si deben acercarse ó no. Cuando la foca aparece á la superficie solo para respirar, y nada la inquieta, deja ver fuera del agua hasta las patas delanteras; hace una profunda inspiracion, dilata mucho las narices y se hunde lentamente, sin que se agite el agua: esta es una foca amaestrada; llámanla *volcadora* si se sumerge con ruido: si al perseguir á los peces nada con la cabeza alta sobre la superficie, mirando hácia adelante, y suspira agitando sus patas posteriores, hundiéndose con estrépito, es una foca *zambullidora*. El que persigue á las focas puede entonces sorprenderla sin dificultad; al paso que no es fácil apoderarse de la primera, porque *mira y escucha*. Cuando la foca come debajo del agua no muda casi de sitio; apenas asoma el extremo del hocico á la superficie, respira y cierra las narices. En otros momentos arquea el lomo y encoge la cabeza y las patas, en cuya postura duerme ó descansa; entonces puede el cazador acercarse lo bastante para coger la foca con las manos. A veces retoza en el agua como si estuviera embriagada; déjase ver á la superficie, tan pronto de espaldas, como boca arriba; nada en esta postura; se vuelve, se revuelve y se *lanza*, segun dicen los groenlandeses; en aquellos momentos es mas fácil sorprenderla.

En tales casos no las despierta ningun ruido, hasta puede suceder, segun dijeron á Brown, que los vapores pasen por encima sin que lo echen de ver.

Wallace ha observado que la foca duerme á menudo á intervalos regulares, es decir que concilia el sueño durante tres minutos, y está despierta otro tanto tiempo. Brown confirma este dato y yo mismo he reconocido su exactitud. «Una foca pequeña que teníamos á bordo de nuestro vapor, dice Brown, y la cual observé mucho tiempo detenidamente, dormía al parecer á intervalos cortos, como he indicado. Si entonces se la inquietaba, defendiase, si se la dejaba en paz algunos minutos, recogía sus aletas, oprímialas contra el tronco, miraba algunos momentos en una direccion fija, como dominada ya por el sueño y cerraba los ojos. Su respiracion era tan fuerte durante uno ó dos minutos, que no se podia dudar que dormía; pero de pronto abrianse bruscamente sus ojos, sin que nadie la hubiese inquietado, y alargaba el cuello mirando á su alrededor, cual si quisiera convencerse de que no ocurría novedad: despues volvía á dormir de nuevo, repitiéndose la misma operacion. Cuando varios perros marinos están echados sobre el hielo ó en la orilla, algunos de ellos, por lo regular hembras, encárganse de la vigilancia, procediendo de la misma manera que la pequeña foca que teníamos á bordo.» Estas observaciones pueden hacerse en todos los individuos cautivos de nuestros jardines zoológicos; basta para ello permanecer cerca del estanque y esperar á que todo quede en silencio, pues todo perro marino pasa la mayor parte del dia durmiendo, en lo cual revela su carácter nocturno.

Las focas permanecen dias y semanas enteras en el mar, pues allí pueden satisfacer todas sus necesidades; sin embargo, salen tambien á la costa para descansar, dormir ó calentarse al sol. Ya he dicho antes cómo andan, pero añadiré aquí algunas palabras: si la foca se sirve de sus patas anteriores, apóyase sobre ellas y adelanta el cuerpo, retíralas despues, las aplica contra el pecho, encorva el lomo, recoge su cuarto trasero, y haciendo fuerza en él, avanza de nuevo. Al salir del agua se lanza sobre la costa de un salto, encogiéndose bruscamente sus patas posteriores que se hallan separadas.

En la pista de algunas especies se observa una ligera huella de las patas anteriores, que consiste en cuatro agujeritos á cada lado del surco formado por el cuerpo del animal, los cuales aparecen dispuestos en línea oblicua, hácia fuera y atrás. Cuando las focas están espantadas, todas escupen agua continuamente, para preparar el terreno por donde pasan, segun dicen los cazadores. Su marcha, al parecer pesada, es tan rápida que al hombre le es difícil alcanzarla á la carrera. Este animal tiene el cuarto trasero tan movable como el cuello, el cual puede volver para apoyarle sobre la parte anterior del lomo ó unirle con el vientre por debajo, de modo que puede volver la cabeza en todos sentidos.

Una foca descansando es la mas perfecta imágen de la pereza: cuando brilla el sol está tendida é inmóvil en la orilla, y parece que le cuesta trabajo hacer un solo movimiento. Tal como se echó permanece largo tiempo: expone á los rayos del astro del dia tan pronto la espalda como el vientre ó los costados; las patas delanteras están recogidas ó pendientes á los lados del cuerpo; abre y cierra los ojos, los guiña y dirige sus miradas á lo léjos; de vez en cuando abre las narices y las orejas y no ejecuta mas movimientos que los necesarios para respirar. Así permanece horas enteras, insensible á todo, y absorta en su pereza: no le gusta que le interrumpen cuando se halla en aquel estado de beatitud, y se necesita que el peligro arrecie mucho para que se decida á moverse. Yo hice cosquillas en la nariz con una paja á varios individuos cautivos, y los atormenté de mil maneras, sin conseguir que cambiaran de posición; aquello les molestaba mucho; lanzaban gruñidos de cólera y querían morder la paja; pero permanecían inmóviles. No sucede lo mismo cuando se les incomoda con frecuencia; entonces se refugian en el agua, donde saben buscar un abrigo seguro.

En las costas bien bañadas por el sol se arman con frecuencia entre las focas encarnizadas peleas para disputarse el mejor sitio; el individuo mas fuerte rechaza á los adversarios y se echa cómodamente.

En las altas latitudes, estos animales eligen con preferencia para dormir, aunque no se vean obligados á ello, los grandes témpanos de hielo, donde permanecen echados cómodamente mientras el sol toca en la orilla. Su gruesa piel, y mas aun la capa de grasa que se extiende entre aquella y los músculos, permíteles soportar durante horas enteras una superficie tan fria, sin perder demasiado calor ni enfriarse. El hielo en que han descansado mucho tiempo estos animales, no presenta nunca la impresion de su cuerpo, como sucedería si la foca perdiere algo de su gran calor interior. La piel y la grasa son tan malos conductores del calórico que no dan paso á este, resultando de aquí que la epidermis se mantiene casi á la misma temperatura que el aire que la rodea. Sin embargo, el perro marino no se muestra insensible al frio, aunque pueda soportarlo sin incomodidad, lo cual se explica por el hecho de agradecerle tambien el calor. Parece que con las focas sucede lo mismo que con los reptiles y los anfibios, los cuales, segun todos sabemos, soportan una temperatura muy baja, aunque nada les complace tanto como reposar horas enteras en los sitios donde mas calienta el sol. En estos animales sube y baja la circulacion de la sangre con la temperatura exterior; en las focas, por el contrario, la primera parece ser independiente de la segunda, porque la capa de grasa es tanto mas espesa cuanto mas vive el animal en el norte y vice-versa.

En las regiones septentrionales cúbrese de hielo durante el invierno vastas extensiones del mar; en dicha estacion cada foca tiene cuidado de mantener abiertos en el hielo uno ó varios orificios, llamados respiraderos, para poder servirse del agua: los perros marinos se ocupan ya sin duda de esto al

principio de las heladas; y para que no se cierren estos agujeros entran y salen de ellos á menudo. Este hecho tan sencillo de explicar ha dado origen á varias suposiciones, á cual mas absurdas, entre ellas la de que la foca abre los agujeros por medio de su nariz caliente. Aunque esta extremidad tiene algun calor, es, sin embargo, tan fria, que ni con ella ni con el aliento podría el animal derretir la capa de hielo que continuamente se forma en los citados agujeros; por otra parte, la nariz es tan sensiblemente débil, que no le sería posible á la foca destrozar con ella dicha capa.

La voz de las focas consiste en una especie de ladrillo ronco, ó aullido; si están furiosas, gruñen á la manera de los perros; durante el período del celo producen como un mugido.

Parece que sus sentidos están muy desarrollados: la vista es excelente; el oído fino, á pesar de la pequeña abertura de su conducto auditivo; el olfato es relativamente sutil, aunque la nariz les sirva mas bien para respirar que para oler. Puede cerrar las fosas nasales y las orejas, que unas veces toman la

forma de agujeros redondeados ó triangulares, y aparecen otras como estrechas líneas. Las fosas se abren á cada inspiracion y se cierran en seguida, aunque el animal se halle en tierra, hasta el siguiente movimiento respiratorio. Las orejas solo se cierran en el agua, y permanecen así mientras el animal está sumergido. Los ojos son grandes y un poco abultados, ocupándolo casi todo el iris, que es de color pardo claro ú oscuro: rara vez se ve la esclerótica. La pupila tiene una forma particular; no es redonda ni prolongada, sino que presenta la figura de una estrella de cuatro brazos. Solo Fabricio parece haber observado semejante disposicion, en la que no se fijaron al parecer los demás naturalistas, ó por lo menos, no sé que ninguno haya dicho nada de esto. Verdad es que para verlo es preciso mirarlo muy de cerca y á una luz favorable.

Es muy probable que esta estructura facilite la gran movilidad interior del ojo, observada en las focas, dotando á estas de la facultad de ver, no solamente dentro del agua, á mas ó menos profundidad, sino tambien de dia y de noche

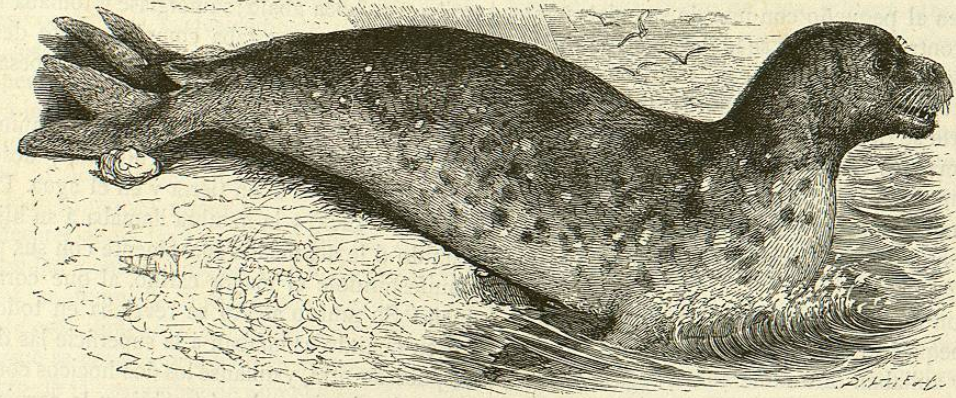


Fig. 304. — EL LEPTONIX DE WEDDEL

casi con igual facilidad. La expresion inteligente del ojo de la foca es notable, y tambien la cualidad de verter lágrimas, como otros pinípedos cuando están excitados ó poseídos de dolor. Si consideramos la vista como el sentido mas desarrollado de los perros marinos, y esto muy fundadamente, el oído ocupa sin duda el segundo lugar. Atendida la escasa dimension de la abertura exterior del conducto auditivo, la foca oye bastante; pero su oído no es tan fino que puedan desagradarle los sonidos fuertes. Los antiguos sabian ya que á estos animales les complacia la música y el canto; y segun observadores modernos, escuchan con atencion el toque de las campanas y otros sonidos fuertes. Los tritones y sirenas de los antiguos fueron creados segun la imágen, los usos y costumbres de las focas, y tambien estas, y no los delfines, dieron el asunto para la fábula de Arion. Brown asegura haber observado á menudo que los perros marinos, elevando sus cabezas sobre el agua, escuchaban atentamente el canto de los marineros al levar anclas. Bell dice que tambien les atrae el tañido de las campanas. La iglesia de Hoy, en las islas de Orkney, está situada cerca de un estrecho y arenoso brazo de mar, visitado á menudo por algunas focas, y parece que estas no acuden allí solo á causa de la situacion favorable del pequeño golfo, sino tambien por aficion al sonido de las campanas de la iglesia, que parece tener gran atractivo sobre aquellos animales. Muchas veces se ha observado que apenas comienzan á tocar se acercan á la costa, miran fijamente en la direccion de donde proceden los sonidos, y escuchan como admiradas y encantadas á la vez. Puede ser que tambien la curiosidad entre por algo en esta aficion á la música; pero de todos modos, el hecho parece notable y extraño. Tambien

los otros sentidos están bastante desarrollados. Si bien la nariz sirve solo para la respiracion, el olfato es, sin embargo, bueno; pues se ha observado hasta la evidencia que tambien por medio de este sentido intentan reconocer los peligros. De su buen gusto dan pruebas por una prudente eleccion del alimento; y el tacto se revela apenas se les toca, por ligeramente que sea.

Es difícil juzgar de las facultades intelectuales de los perros marinos. No puede negarse que son muy prudentes, aunque tambien es verdad que en ciertos instantes parecen tan estúpidos y torpes, que duda uno tengan siquiera un reflejo de inteligencia. Son temerarios en los lugares desiertos: mas donde han llegado á conocer al hombre, muéstranse sumamente desconfiados: los pequeños observan y obedecen las advertencias de los viejos.

Las focas cautivas acostúmbrense pronto á la persona que las cuida: algunas hasta se domestican mucho; contestan cuando se les llama por su nombre, salen de su cubeta, cogen los peces que les dan con la mano, y muéstranse con su amo muy cariñosas. Háse dicho que pueden acostumbrarse estos animales á ir y venir libremente, á pescar para su amo, y aun á defenderle en caso de peligro. Sin poner en duda estos hechos, no me atreveré tampoco á salir garante de su exactitud. Lo que no admite duda es que hay algunas que se dejan acariciar por la persona que las cuida; que le alargan la pata y hasta permiten que les introduzca el puño en la boca.

Las focas parecen mostrarse indiferentes con todos los animales menos con los peces, moluscos ó crustáceos; pero se engañaría el que creyese ver en esto un indicio de docilidad. Los individuos cautivos están siempre irritados contra



los perros; dan resoplidos y tratan de asustarlos rechinando los dientes. No lo hacen por valor sino por miedo, y cuando pueden, huyen para evitar semejante encuentro. Las focas que yo cuidaba estaban siempre sumamente irritadas cuando los osos jóvenes se bañaban en su estanque; soplaban, gruñían, rechinaban los dientes, y golpeaban el agua con sus patas; pero nunca intentaron acometer.

Se les puede permitir que naden entre las aves acuáticas: dejan tranquilas á los que no les molestan; viven en buena inteligencia con las ocas, los ánades y otros dentirostros, aunque se manifiestan mas hostiles con las aves piscívoras. Una garza real quiso cierto día quitar un pez á una foca, mas furiosa esta, le cortó la pata de una dentellada.

Manifiestan mucho cariño á sus hijuelos; juegan con ellos, y en caso de peligro los defienden valerosamente, aunque sea contra fuertes adversarios.

Aunque por lo regular tratan de evitar al hombre, y á pesar de su gran timidez natural, se ha observado, no obstante, que permanecen al lado de sus hijuelos cuando á estos les amenaza un peligro. Por otra parte, asegúrase que en ciertas circunstancias cogen al pequeño con una de sus aletas anteriores, oprímelo contra el pecho y se lo llevan de este modo con toda la rapidez posible hácia el agua.

El período del celo varía segun los puntos donde habitan las focas: en el norte se declara en el otoño; en el sur desde abril á junio. Los machos viejos están muy excitados entonces, pelean furiosamente y solo piensan en las hembras, abandonando su habitual timidez; la pasión de los celos les ciega, y segun se dice es muy fácil atraerlas en aquella época, imitando sus gritos y gruñidos.

«Hallándome con un compañero de caza, dice Schilling, encontré en una pequeña isla desierta diez ó doce focas en celo que gruñían y aullaban furiosamente. Al llegar nosotros, estos animales se dirigieron muy despacio al agua, contra su costumbre, y al ver esto creí que sería otra especie. Resolvimos esperarlas, y á fin de escondernos, practicamos unos hoyos en la arena; aun no se había alejado nuestra canoa á unos cincuenta pasos cuando aparecieron las focas en el agua, á corta distancia, escuchando con curiosidad mezclada de placer, los gritos imitativos que lanzábamos. Levantábase sacando del agua la mitad del cuerpo, acercándose de este modo á la orilla. Al oír los sonidos que producíamos, llegaron primero las hembras á tierra, y aunque nos debían ver la cabeza, dirigieron hácia nosotros, atraídas por el llamamiento. Entonces eligió cada cual su presa, apuntamos é hicimos fuego á la vez. Apenas disipado el humo, vimos á nuestras víctimas inmóviles; pero es el caso que todas las demás focas que se hallaban en tierra parecían estar heridas. Si hubiéramos estado mejor preparados, se habría podido hacer una segunda descarga, pues hasta que salimos del hoyo no se movieron aquellos animales.»

A los ocho meses despues del apareamiento, esto es, en mayo, junio ó julio, pare la hembra en la playa arenosa de una isla desierta, en una caverna, sobre una roca ó en los témpanos de hielo. En cada parto tiene un hijuelo, ó cuando mas dos, los cuales nacen perfectamente desarrollados, aunque cubiertos de un espeso vellon, suave y blanco, que les impide nadar, y sobre todo sumergirse; mas no tardan en perderle y adquirir un pelaje cerdoso y alisado. Hasta entonces permanecen las madres en tierra con ellos.

Al visitar en Hamburgo á un traficante dedicado á la venta de animales, ví una foca hembra cuyo volúmen indicaba que no tardaría en parir. Aunque el animal se hallaba en muy mal estado, á causa de dos heridas que le infirieron al cazarle, y atendido á que no ofrecía atractivo alguno para los especuladores, lo compré con la esperanza de hacer algunas

observaciones interesantes. Sabía yo que algunas hembras de foca habían parido varias veces durante su cautividad, y que siempre murieron sus hijuelos poco despues de nacer; pero abrigaba la esperanza de tener mejor resultado por el mero hecho de haber destinado un pequeño estanque del jardin para que el animal estuviese cómodamente.

El pequeño nació en la mañana del 30 de junio, antes de llegar sus guardianes, que al acercarse vieron al recién nacido retozando con su madre en el agua. A la orilla encontramos una porción de sangre, la placenta y un gran número de pelos suaves, sedosos, cortos y ondulados, pertenecientes todos al pequeño: hallábase en un reducido espacio, y parecían haber caído del seno de la madre. En el hijuelo no se veían ya señales de aquel pelaje lanoso; su color era idéntico al de la madre, con la diferencia de tener el tinte mas fresco y vivo. Los ojos, abiertos y claros, tenían una expresión alegre; asemejábase en un todo por sus movimientos á la madre, y era tan ágil en el agua, como pesado en tierra. Hubiérase dicho que desde las primeras horas de su vida estaba dotado ya de todas las cualidades de su especie. Nadaba lo mismo boca arriba que boca abajo; sumergíase y tomaba las posturas mas diversas. Al nacer estaba completamente desarrollado y era bastante grande: el día en que vió la luz pesaba 8,75 kilogramos y media 0<sup>m</sup>,85 de largo.

Era por demás curioso ver á los dos animales: la madre parecía muy satisfecha con su hijuelo, y desde los primeros días retozaba con él en tierra y en el agua. Deslizábanse ambos por el suelo y la hembra llamaba á su hijo con un ligero gruñido ó le acariciaba suavemente con sus patas anteriores, manifestándole el mayor cariño, al que correspondía el pequeño. Su mutuo afecto se revelaba en todos sus actos; de vez en cuando asomaban á la superficie las dos cabezas, una despues de otra, y uníanse los dos hocicos como para besarse. La madre hacia nadar á su hijo y le seguía, obligándole á cambiar de dirección con algunos ligeros golpes: por tierra iba siempre delante de él.

Llegada la tarde, mamaba el hijuelo ansiosamente, despues de haberle llamado la madre con sus gruñidos, echándose de lado para que aquel pudiese tomar su alimento con mas facilidad. La joven foca pedía de mamar ocho ó diez veces al día, y la madre la complacia, pero siempre en tierra y nunca en el agua, á lo menos cuando nosotros la observábamos.

El pequeño creció rápidamente: su tamaño aumentaba de día en día; sus movimientos eran cada vez mas libres y atrevidos, y se desarrollaba mas su inteligencia. A los ocho días tomaba en tierra todas las posiciones de las focas adultas: echábase como estas perezosamente de lado ó de espalda; levantaba las patas posteriores al aire y retozaba con ellas. A las tres semanas era ya una verdadera foca, pero le inspiraba temor su guardian. Hasta que hubo pasado mes y medio no pudimos pesarle por segunda vez; había aumentado su peso en un doble, siendo de advertir que hasta entonces no probó mas alimento que la leche de su madre.

Por desgracia murió este bonito animal á las ocho semanas: habíase secado poco á poco las mamas de la hembra y no nos fué posible proporcionarle un alimento conveniente. Verdad es que comió los peces que le dieron; pero sin duda le perjudicaba aquel régimen; enflaqueció pronto, y una mañana le hallamos muerto en el sitio donde solía descansar.

En el alto norte, las focas pequeñas pierden antes que en el sur el espeso vello con que nacen, y por lo mismo no pueden nadar al principio ó al menos sumergirse. Segun observaciones conformes, parece que esta es la razon de que las hembras adultas permanezcan durante semanas enteras en tierra firme junto á su progenie, como lo hacen los arctocéfalos; los pequeños se acostumbran poco á poco al agua y se

les enseña mientras tanto á nadar. A este efecto las madres los conducen primero á reducidos estanques en medio del hielo y solo mas tarde, y cuando han mudado de pelaje, llévanlos á la alta mar. Durante este tiempo han crecido mucho, pues se desarrollan muy rápidamente; y tambien han aprendido ya á buscarse el alimento. Despues, siempre bajo la vigilancia de la madre, acostúmbranse á coger los diferentes animales de que se alimentan, y muy pronto observan el género de vida de los adultos.

Es muy probable que los pequeños perros marinos no coman al principio peces, sino que busquen exclusivamente crustáceos y otros animales análogos de la fauna marina, sobre todo varias conchas, que á los adultos gustan igualmente mucho. Segun las observaciones de Brown, las focas se alimentan en las aguas de Groenlandia de las mas diversas especies marinas segun la estacion, aprovechándose naturalmente de los meses en que unas ú otras predominan. Durante los meses de verano todas las especies de crustáceos que en este período pueblan en inmenso número los mares septentrionales, y entre ellas sobre todo las de garmelas, constituyen el alimento favorito de las focas; mientras que en las demás estaciones comen casi exclusivamente peces, lo cual se reconoce en los excrementos; hay sin embargo algunas especies de pinípedos que se nutren á la vez de conchas blandas. En cuanto á la eleccion de los peces que han de comer son bastante delicados, pues buscan con preferencia las especies que tambien al hombre le parecen excelentes para su alimento, sobre todo salmones, arenques y varias clases de sardinias, pero despreciando las que tienen muchas espinas. En caso de necesidad comen tambien peces de río, segun podemos observar en nuestros cautivos, pero cuando se les da exclusivamente este alimento no soportan mucho la cautividad, mientras que se conservan muy bien si se les da pesca de mar. Por efecto de la costumbre de alimentarse de peces, las focas se hallan muy expuestas á tener lombrices, y con harta frecuencia mueren á causa de los destrozos que estos parásitos ocasionan en los intestinos. Segun las observaciones de Brown, tambien atrapan alguna vez una ave acuática; yo he visto que no lo hacen en cautividad, y que hasta desprecian la carne de aves desolladas con la misma aversion con que rehusan la de nuestros mamíferos domésticos; y por lo tanto es muy difícil acostumbrarlas á ella. Como todos los piscívoros necesitan una enorme cantidad de alimento; los adultos comen por lo menos cinco kilogramos de pescado diarios, y aun despues de haber apurado tal cantidad muéstranse hambrientos é inclinados á comer otra vez casi otro tanto.

**CAZA.**—La foca es para varios pueblos del norte el animal mas útil: gracias á él pueden vivir los groenlandeses, que aprovechan todas las partes del cuerpo. Los europeos aprecian tambien su magnífica piel, impermeable y lisa, y utilizan asimismo su grasa y su carne. A ellos se debe que la foca sea perseguida por do quiera; pero esta cacería se hace de la manera mas bárbara que imaginarse pueda; es mas bien una guerra de exterminio, una repugnante carnicería, segun se ha dicho ya; y adviértase que los pueblos mas salvajes se muestran mas humanos en este punto que los civilizados europeos.

Rara vez se usan armas de fuego para matar focas; empleáanse otros diversos medios, sin duda porque da poco resultado cazar á estos animales en el agua, puesto que apenas mueren se van á fondo como un plomo. Por lo tanto se prefiere sorprenderlos en tierra en sus lugares favoritos.

En la costa oriental de la isla de Rugen, por la parte del mar, y á varios centenares de pasos de la punta mas avanzada de la tierra, existen, segun Schilling, varias masas de granito que sobresalen algunos metros del nivel de las aguas;

en aquellos arrecifes se ve una manada de cuarenta á cincuenta focas; pero son demasiado prudentes para esperar á que se acerque una canoa.

«Uno de mis amigos, cuenta este naturalista, quiso proporcionarme una ocasion de observar las focas de cerca, y de matar al mismo tiempo alguna; al efecto se dispuso que sujetaran un tonel en aquel arrecife, de manera que pudiese meterse dentro un hombre. Al cabo de ocho días se reconoció que á los animales no les inquietaba ya la presencia de aquel objeto, y volvian al arrecife como antes. Provistos de víveres para ocho días, hicimos á la vela hácia la desierta costa y construimos una cabaña; uno de nosotros estaba continuamente dentro del tonel, y los demás permanecieron en frente, en la ribera, dejando el bote á larga distancia.

«Todo aquello ofrecía mucho atractivo por lo extraño; parecía estar uno como aislado en el pequeño espacio del tonel, y oíase, no sin inquietud, cómo mugían las olas alrededor, tanto que necesité algun tiempo para tranquilizarme.

«Pero bien pronto se ofreció á mi vista un espectáculo enteramente nuevo: á unos cuatrocientos pasos de distancia apareció una cabeza de foca, y luego otra y otra; á cada momento aumentaba su número, dirigiéndose todas hácia mi arrecife. Temí al principio que al acercarse se asustaran al ver mi cabeza, que salía del tonel, lo cual hubiera sido un contratiempo; y mi temor aumentó al observar que los animales se enderezaban perpendicularmente ante la roca, alargaban el cuello y miraban con atencion al arrecife, al tonel y á mí. Sin embargo, bien pronto se oprimieron unos contra otros; mordieronse é hicieron esfuerzos para llegar cuanto antes al sitio donde yo me hallaba. Parece que entre ellos se reconoce el derecho del mas fuerte, pues los mayores mordan y rechazaban á los jóvenes que habían llegado antes á la roca. Despues de lanzar gritos espantosos, acabaron por colocarse todos en la roca mayor de granito: continuamente salian nuevos individuos del agua, pero rechazados por los primeros, éales preciso abordar el arrecife por otra parte: algunos fueron á echarse muy cerca de mi tonel.

«Mi posicion era muy singular: no tenia mas remedio que permanecer tranquilo, é inmóvil como una estatua, si no queria ser descubierto. El espectáculo era tan nuevo para mí, y tan grandioso á la vez, que no podía apuntar bien; el ruido de las embravecidas olas y los desacordes gritos de las focas, me aturdian los oídos; sus inquietos movimientos y sus extraordinarias posturas me llenaban de asombro. Hallábame como encantado; un sentimiento singular me impedía moverme; importábame además mucho poder observar así aquellos animales en su estado libre, y no queria, por lo tanto, privarme del espectáculo por demasiada precipitación. Solo despues de haber disfrutado largo rato de aquella escena, recordé que mi amigo, que desde la orilla opuesta debía observar á las focas con su antejo, podría dar una señal de alarma y asustar á los animales. Entonces me decidí á poner término á la situacion: las focas que me rodeaban, mas tranquilas ya, no hacian sino aullar; solo algunas luchaban todavía, mas no puedo decir si era por pasatiempo ó formalmente. Apunté á una de las mayores, que se hallaba tendida delante de mí, sobre una gran masa de granito, y mi bala le tocó en la cabeza, dejándola sin movimiento para saltar al agua; mi segundo proyectil tocó á otra que murió despues de algunas convulsiones.

«Solo al segundo disparo comenzaron á moverse las otras focas, que se precipitaron rápidamente al agua: parece que la primera detonacion no produjo en ellas mas que asombro; mientras se acercaba la barca, tuve tiempo suficiente de observarlas en su fuga. No se alejaron mas que á varios centenares de pasos; dejáronse ver varias veces en la superficie del